Dulce Magia

Maria V. Snyder

1

—Hemos llegado —dijo Irys.

Yo miré a mi alrededor. La selva estaba repleta de vida. Había matorrales exuberantes que nos cortaban el paso y lianas que colgaban de los árboles. Se oía constantemente el trino de los pájaros, y unas pequeñas criaturas peludas, que nos habían seguido durante todo el camino, nos miraban desde sus escondites, detrás de enormes hojas.

—¿Dónde? —pregunté, mirando a las otras tres chicas.

Se encogieron de hombros al mismo tiempo, igualmente confusas.

Sus vestidos finos de algodón estaban empapados en sudor a causa de la pesada humedad del aire. También yo tenía los pantalones negros y la camisa blanca que llevaba pegados a la piel. Estábamos cansadas de cargar con nuestras mochilas por los senderos de la selva, y molestas por las innumerables picaduras de insectos.

—Hemos llegado al hogar de los Zaltana —dijo Irys—. Muy posiblemente, a tu hogar.

Yo miré a todas partes y en ninguna vi nada que pudiera parecer un poblado. Durante el transcurso de nuestro viaje hacia el sur, siempre que Irys nos había avisado de que llegábamos a uno de nuestros destinos, normalmente nos encontrábamos en mitad de una aldea o un pueblo, con casas de madera, de ladrillo o de piedra, rodeados de campos y granjas.

Sus habitantes, vestidos con alegres colores, nos daban la bienvenida, nos daban de comer y escuchaban nuestra historia. Después, ciertas familias eran avisadas con gran apresuramiento, y en un torbellino de balbuceos y excitación, uno de los niños de nuestro grupo, que había vivido en un orfanato en el norte, se reuniría con su familia, una familia de la que nada había sabido hasta aquel momento.

—¿Su hogar? —pregunté.

Irys suspiró.

—Yelena, las apariencias pueden ser engañosas. Busca en tu mente, no con tus sentidos —le dijo.

Yo froté con las manos la madera de mi cayado, concentrándome en la suavidad de la superficie. Vacié mi mente y los ruidos de la selva se disiparon mientras yo aguzaba mi capacidad mental. Con mi visión mental, me deslicé entre los arbustos con una serpiente, buscando un poco de sol. Después subí por las ramas de los árboles como un animal de largos miembros, con tanta facilidad que parecía que estábamos volando.

Después, arriba, me mezcle con gente que había en las copas de los árboles. Sus mentes estaban abiertas y relajadas. Estaban decidiendo qué iban a cenar y hablando de las noticias de la ciudad. Sin embargo, una mente se preocupaba por los sonidos que provenían de abajo. Algo no marchaba bien. Allí había al-

guien extraño. Un posible peligro. «¿Quién está en mi mente?».

Entonces, volví. Irys me estaba mirando fijamente.

—¿Viven en los árboles? —le pregunté.

Ella asintió.

—Pero, recuerda, Yelena; sólo por que la mente de alguien sea receptiva y admita tu entrada, no debes penetrar en sus pensamientos más profundos. Eso sería romper nuestro Código Ético.

Sus palabras tenían un tono áspero, el de una maga profesora que reprendía a su pupila.

—Lo siento —dije.

Ella sacudió la cabeza.

—Olvido que aún estás aprendiendo. Tenemos que llegar a Citadel cuanto antes y comenzar tu instrucción, pero me temo que esta parada durará un tiempo.

—¿Por qué?

—No puedo dejarte con tu familia aquí, tal y como hice con los otros niños, y sería muy cruel llevarte demasiado pronto.

Justo entonces, una voz potente dijo desde arriba:

—Venettaden.

Irys alzó el brazo y murmuró algo, pero a mí se me congelaron los músculos antes de que pudiera repeler la magia que nos había envuelto. No podía moverme. Después de un instante de pánico, calmé mi mente. Intenté erigir un muro mental de defensa, pero la magia que me había atrapado derribaba los ladrillos con tanta rapidez como yo los amontonaba.

Sin embargo, a Irys no la había afectado.

—Somos amigas de los Zaltana. Soy Irys, del clan de los Jewelrose, Cuarta Maga del Consejo.

Otra voz extraña salió de entre los árboles. Mientras la magia me liberaba, me temblaban las piernas, y me dejé caer al suelo para esperar a que pasara el ma-

reo. Las gemelas, Gracena y Nickeely, se derrumbaron juntas, gimoteando. May se frotó las piernas.

—¿Para qué has venido, Irys Jewelrose? —le preguntó la voz.

—Creo que he encontrado a vuestra hija perdida —respondió ella.

Una escalera de cuerda descendió hasta nosotras desde la copa del árbol.

—Vamos, chicas —dijo Irys—. Toma, Yelena, sujeta el final de la escalera mientras nosotras subimos.

Tuve un pensamiento mezquino, preguntándome quién sujetaría la escalera cuando yo tuviera que subir. La voz molesta de Irys me reprendió mentalmente.

«Yelena, tú no tendrás problema para subir a los árboles. A lo mejor debería pedirles que retiren la escalera cuando te llegue el momento de subir, porque quizá prefieras usar el garfio y la cuerda».

Por supuesto, Irys tenía razón. Yo me había escondido en los árboles de mis enemigos de Ixia, sin la ayuda de una escalera. E, incluso en aquellos días, disfrutaba de un buen paseo por las copas de los árboles, lo cual mantenía mi destreza a punto.

Irys me sonrió.

«Quizá lo lleves en la sangre».

Se me encogió el estómago al recordar a Mogkan. Él había dicho que yo tenía la maldición de la sangre de los Zaltana. Yo no tenía motivos para confiar en aquel mago, que ya estaba muerto, y había estado evitando hacerle preguntas sobre los Zaltana a Irys para no hacerme ilusiones sobre el hecho de formar parte de una familia. Yo sabía que, incluso mientras agonizaba, Mogkan habría sido capaz de intentar algún truco despreciable.

Mogkan y el hijo del general Brazell, Reyad, me habían secuestrado junto a otros treinta niños de Sitia.

Con una media de dos niños al año, habían llevado a los niños y a las niñas al territorio de Ixia, al norte, al orfanato del general Brazell, para usarlos en sus malvados planes. Todos los niños tenían el potencial de convertirse en magos, porque habían nacido en familias con una gran magia.

Irys me había explicado que los poderes mágicos eran un regalo, y que de cada clan sólo salían unos cuantos magos.

—Claro que, cuantos más magos haya en una familia —había dicho Irys—, más oportunidad hay de que nazcan más en la próxima generación. Mogkan se había arriesgado al secuestrar a niños tan pequeños; los poderes mágicos sólo se manifiestan en la madurez de una persona.

—¿Y por qué había más niñas que niños? —le pregunté yo.

—Sólo un treinta por ciento de nuestros magos son varones, y Bain Bloodgood es el único que ha alcanzado el estatus de maestro.

Mientras yo sujetaba la escalera de cuerda que colgaba de la cubierta de vegetación, me pregunté cuántos Zaltana serían magos. Por encima de mí, las tres muchachas se sujetaron los bajos del vestido en los cinturones. Irys ayudó a May a subir al primer escalón de cuerda, y después, Gracena y Nickeely la siguieron.

Cuando habíamos cruzado la frontera de Sitia, las chicas no había titubeado a la hora de cambiar sus uniformes del norte por los vestidos de colores brillantes que llevaban las mujeres del sur. Los chicos habían cambiado sus uniformes por túnicas y pantalones sencillos, de algodón. Yo, sin embargo, había seguido llevando mi uniforme de catadora de comida hasta que la humedad me había obligado a comprar unos pantalones masculinos y una camisa.

Después de que Irys hubiera desaparecido en la gran cubierta vegetal, yo puse el pie sobre el primer escalón. Me sentía como si tuviera las botas llenas de agua, tanto, que me pesaban. La renuencia tiraba de mis piernas hacia abajo mientras yo intentaba subir. A mitad de camino me detuve. ¿Y si aquella gente no me quería? ¿Y si no creían que yo era su hija perdida? ¿Y si eran demasiado viejos como para que les importara?

Todos los niños que ya habían encontrado sus hogares habían sido aceptados inmediatamente. Tenían entre siete y trece años, y sólo habían estado unos años separados de sus familias. El parecido físico, las edades y los nombres habían facilitado la reinserción. En aquel momento, ya sólo éramos cuatro. Las gemelas, Gracena y Nickeely, tenían trece años. May era la más pequeña, con doce, y yo era la mayor, con veinte.

Según Irys, los Zaltana habían perdido a una niña de seis años catorce años antes. Aquél era un largo tiempo para estar alejada. Yo ya no era una niña.

Yo era la mayor de todos los que habían sobrevivido a los planes de Brazell y habían permanecido de una pieza. Cuando los otros niños secuestrados llegaban a la madurez, aquellos que habían mostrado poderes mágicos habían sido torturados hasta que habían cedido sus almas a Mogkan y a Reyad. Mogkan había usado la magia de aquellos cautivos sin mente para aumentar la suya, y había convertido a los niños en cuerpos vivientes sin almas.

Irys tenía la triste tarea de informar a las familias de estos niños, pero yo me sentía culpable por ser la única que había sobrevivido a los esfuerzos de Mogkan por capturar mi alma. Sin embargo, el esfuerzo me había costado caro.

El pensar en mi lucha en Ixia me hizo recordar a Valek, se me encogió el corazón de dolor. Agarrándo-

me con un brazo a la cuerda de la escalera, acaricié el colgante de mariposa que me había tallado. Quizá debiera planear una forma de volver a Ixia. Después de todo, la magia de mi cuerpo ya no se descontrolaba, y yo preferiría estar con él en vez de estar entre aquellos extraños sureños que vivían en las copas de los árboles. Incluso el nombre del lugar, Sitia, me parecía raro al pronunciarlo.

—Yelena, vamos —me dijo Irys desde arriba—. Estamos esperando.

Yo tragué saliva y continué subiendo. Al llegar a la parte superior de la escalera, esperaba que terminara en una rama ancha o en una plataforma; sin embargo, entré en una habitación.

Miré a mi alrededor con asombro. Las paredes y el techo de la habitación estaban formadas por ramas que habían sido anudadas unas con otras. El sol se filtraba por entre las hojas. Las butacas estaban hechas de palos, y los cojines con hojas también; en aquella pequeña estancia había cuatro asientos solamente.

—¿Es ella? —le preguntó un hombre alto a Irys.

Llevaba una túnica y unos pantalones cortos, del color de las hojas, y, colgados del hombro, un arco y un carcaj con flechas. Yo supuse que era el guardia. Sin embargo, ¿por qué necesitaba armas si era el mago que nos había helado? Aunque Irys había rechazado el encantamiento con facilidad. ¿Podría rechazar también una flecha?

—Sí —le dijo Irys al hombre.

—Hemos oído rumores en el mercado, y nos preguntábamos si nos harías una visita, Cuarta Maga. Por favor, quédate aquí —dijo—. Avisaré a los mayores.

Irys se sentó en una de las sillas, y las muchachas exploraron la habitación y emitieron exclamaciones de admiración ante la vista que se divisaba por la única

ventana. Yo me paseé por el estrecho espacio. Parecía que el guardia había desaparecido atravesando la pared, pero tras investigar, descubrí que había un agujero que llevaba a un puente, también hecho de ramas.

—Siéntate —me dijo Irys—. Relájate. Aquí estás segura.

—¿Incluso con esta calurosa bienvenida? —repliqué yo.

—Es un procedimiento normal. Las visitas sin invitación son muy escasas. Con el peligro constante de los depredadores de la selva, la mayor parte de los viajeros contratan a un guía Zaltana. Has estado a la defensiva y nerviosa desde que te dije que íbamos a venir. Estas personas son tu familia, ¿por qué iban a querer hacerte daño?

Con esfuerzo, yo intenté relajarme.

—Lo siento.

El miedo a lo desconocido hacía que me sintiera alterada. Durante toda mi vida en Ixia me habían dicho que mi familia estaba muerta. Que la había perdido para siempre. Incluso así, yo soñaba con que encontraba a una familia adoptiva que me cuidara y me quisiera. Sólo había abandonado aquel sueño cuando me convertí en el experimento de Mogkan y Reyad, y después, una vez que tuvo a Valek, tenía la sensación de que no necesitaba una familia.

—Eso no es cierto, Yelena —dijo Irys en voz alta—. Tu familia te ayudará a descubrir quién eres y por qué. Los necesitas más de lo que te imaginas.

—Creía que habías dicho que iba contra tu Código Ético leerle la mente a alguien —respondí yo, muy molesta por aquella intrusión en mis pensamientos privados.

—Nosotras tenemos un vínculo de maestra y estudiante. Tú me diste libremente permiso para entrar en

tus pensamientos al aceptarme como mentora. Sería más fácil desviar una catarata que romper ese vínculo.

—No recuerdo haberte dado permiso —refunfuñé yo.

—Si hiciera falta algún esfuerzo consciente para forjar ese vínculo, no habría funcionado —dijo ella, y observó mi rostro durante un rato—. Me diste tu confianza y tu lealtad. Eso es todo lo que se necesita para formar el vínculo. Aunque yo no me entrometeré en tu pensamiento y en tus recuerdos íntimos, puedo descifrar tus emociones.

Yo abrí la boca para responder, pero en aquel momento volvió el guardia.

—Seguidme —nos dijo.

Y lo seguimos por el camino entre los árboles. Los corredores y los puentes conectaban unas estancias con otras, formando un laberinto de moradas a mucha altura del suelo. No vimos a ninguna otra persona mientras pasábamos por dormitorios y salas de estar. Al atisbar algunas habitaciones, vi que estaban decoradas con piezas de la jungla. Había cáscaras de coco, nueces, bayas, hierba, ramas y hojas en los móviles, las portadas de los libros, las cajas y las estatuas. Alguien había hecho incluso una réplica de aquellos animales de cola larga pegando piedras blancas y negras.

—Irys —dije yo, señalando la estatua—, ¿qué son esos animales?

—Valmures. Son muy inteligentes y juguetones. Hay millones en la selva. También son muy curiosos. ¿Te acuerdas de cómo nos espiaban desde los árboles?

Yo asentí al recordar a aquellas pequeñas criaturas, que nunca estaban quietas lo suficiente como para que pudiera estudiarlas. En otras habitaciones vi más estatuas de animales hechas con piedras de colores. Entonces sentí un nudo en la garganta, al pensar en Valek y

en los animales que él tallaba en piedra. Sabía que él apreciaría la artesanía de aquellas figuras. Quizá pudiera enviarle una.

No sabía cuándo volvería a verlo. El Comandante me había enviado al exilio, a Sitia, cuando había descubierto que yo tenía poderes mágicos. Si yo volvía a Ixia, el Comandante ordenaría que me ejecutaran, pero él nunca había dicho que no pudiera comunicarme con mis amigos de Ixia.

Pronto averigüé por qué no nos habíamos encontrado a nadie a medida que atravesábamos el pueblo. Entramos a una habitación grande, redonda, en la que había unas doscientas personas. La gente estaba sentada en los bancos de madera tallada que rodeaban un hogar hecho de piedra.

La charla cesó en cuanto entramos, y todas las miradas se fijaron en mí. Se me puso la carne de gallina. Me sentía como si estuvieran examinando cada centímetro de mí, mi ropa y mis botas embarradas. Por sus expresiones, deduje que no cumplía sus expectativas. Contuve el deseo de esconderme detrás de Irys, y lamenté no haberle hecho más preguntas sobre los Zaltana.

Por fin, uno de los mayores dio un paso al frente.

—Soy Bavol Cacao Zaltana, Consejero Mayor de la familia Zaltana. ¿Eres tú Yelena Liana Zaltana?

Yo vacilé. Mi propio nombre me había sonado demasiado extraño, demasiado extranjero.

—Me llamo Yelena —dije.

Un joven que tenía unos cuantos años más que yo se abrió paso entre la multitud y se detuvo junto al Consejero Mayor. Me miró intensamente, y una mezcla de odio y repulsión se le reflejó en el semblante. Yo noté un ligero toque de magia rozándome el cuerpo.

—Ha asesinado —dijo él—. Apesta a sangre.

2

Un jadeo de asombro colectivo resonó por toda la estancia. La indignación y el horror se extendieron por la multitud de Zaltana presentes en la sala. Yo me escondí tras Irys, con la esperanza de poder repeler la energía negativa que emanaba de tantos ojos.

—Leif, siempre tiendes al dramatismo —lo reprendió Irys—. Yelena ha tenido una vida muy dura. No juzgues lo que no sabes.

Leif alzó la cabeza ante la mirada de Irys.

—Yo también apesto a sangre. ¿No es así? —le preguntó ella.

—Pero tú eres la Cuarta Maga —replicó Leif.

—Así que sabes lo que he hecho y por qué. Te sugiero que averigües todo lo que ha tenido que vivir tu hermana en Ixia antes de acusarla.

Él apretó los dientes. Los músculos del cuello se le tensaron mientras se tragaba lo que debía de ser una respuesta.

Yo me arriesgué a echar otra mirada por la habita-

ción, y me di cuenta de que me miraban con preocupación e incluso con timidez.

Las mujeres Zaltana llevaban vestidos sin mangas, o faldas y blusas de manga corta, con dibujos de flores de colores; los bajos les llegaban por las rodillas. Los hombres del clan llevaban túnicas de colores claros y pantalones lisos. Todos los Zaltana iban descalzos, y la mayoría tenían complexión delgada y rostros bronceados.

Entonces, las palabras de Irys cobraron todo su significado. Yo la tomé por el brazo. «¿Hermano? ¿Tengo un hermano?».

«Sí. Un hermano. Tu único hermano. Lo sabrías si no hubieras cambiado de tema cada vez que yo intentaba hablarte de los Zaltana

Estupendo. Mi suerte mejoraba cada vez más. Y yo que había pensado que mis problemas habían terminado cuando salí del territorio de Ixia. ¿Por qué me sorprendía todo aquello? Mientras que todos los demás habitantes de Sitia vivían en pueblos construidos sobre el suelo, mi familia residía en los árboles. Yo estudié a Leif atentamente, buscando el parecido familiar. Tenía un cuerpo musculoso y los rasgos de la cara marcados. Sólo su pelo negro y sus ojos verdes eran iguales que los míos. Durante los embarazosos momentos que siguieron, deseé ser invisible, y me dije que debía preguntarle a Irys si existía un encantamiento para eso.

Una mujer mayor, de mi altura, se acercó a mí. Mientras se acercaba, le lanzó a Leif una mirada poderosa, y él bajó la cabeza. Sin previo aviso, me abrazó. Yo me encogí durante unos segundos, insegura. Su pelo olía a lilas.

—He querido hacer esto durante catorce años —dijo, abrazándome con más fuerza aún—. Cómo he echado de menos a mi pequeña.

Aquellas palabras me transportaron hacia atrás en el tiempo, me devolvieron al momento en que tenía seis años. Yo abracé a la mujer y grité. Catorce años sin una madre me habían hecho pensar que tendría un comportamiento estoico cuando la encontrara por fin. Durante el viaje al sur, me había imaginado que yo sentiría curiosidad, pero ninguna emoción. Sin embargo, fue evidente que no estaba preparada para experimentar todos los sentimientos que se adueñaron de mí. Me abracé a ella como si quisiera salvarme de un ahogamiento.

A distancia, oí hablar a Bavol Cacao.

—Que todo el mundo vuelva al trabajo. La Cuarta Maga es nuestra huésped. Tenemos que celebrar una fiesta en su honor esta noche. Petal, prepara la habitación de invitados. Necesitaremos cinco camas.

La habitación se había quedado prácticamente vacía cuando aquella mujer, mi madre, me liberó de sus brazos. Aún me resultaba difícil asociar su rostro ovalado con el apelativo de «madre». Después de todo, quizá no lo fuera. Y si lo era, ¿tenía yo derecho a llamarla así después de tantos años de separación?

—Tu padre se pondrá muy contento... —dijo ella. Tenía los ojos, muy verdes, llenos de lágrimas.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunté—. Quizá yo no sea...

—Tu alma llena perfectamente el vacío que hay en mi alma. No tengo duda de que eres mía. Espero que me llames madre, pero si no puedes, llámame Perl.

Yo me sequé la cara con el pañuelo que me tendió Irys. Miré alrededor, buscando a mi padre. Otra palabra que amenazaba con aplastar la poca dignidad que me quedaba.

—Tu padre está fuera, recogiendo muestras —dijo Perl, como si me estuviera leyendo la mente—. Volverá en cuanto lo sepa —añadió. Después volvió la cabeza y

se dirigió a su hijo—. Ya has conocido a tu hermano. No te quedes ahí, Leif. Ven a saludar a tu hermana.

—No puedo soportar su olor —dijo él. Se dio la vuelta y se marchó.

—No te preocupes por Leif —dijo mi madre—. Está muy sensible. Le costó mucho aceptar tu desaparición. Fue bendecido con una fuerte magia, pero su magia es... única. Siente lo que ha estado haciendo una persona, y dónde. No las cosas específicas, pero sí las generales. El Consejo lo llama para que los ayude a resolver crímenes y disputas, y para determinar si una persona es culpable o no. ¿Y tú, Yelena? También siento la magia en ti —dijo, sonriendo brevemente—. Mi propia y limitada habilidad. ¿Cuál es tu talento?

Yo miré a Irys en busca de ayuda.

—Su magia le fue arrebatada por la fuerza, y al recuperarla no pudo controlarla hasta recientemente. Aún tenemos que descubrir cuál es su especialidad.

—¿Arrebatada por la fuerza? —preguntó mi madre, que había palidecido al oírlo.

Yo le acaricié la manga del vestido.

—No pasa nada.

Perl se mordió el labio.

—¿Sigue descontrolándose?

—No. Me he hecho cargo de ella. Ha conseguido mucho control. Sin embargo, debe venir conmigo a la Fortaleza del Mago para que yo pueda enseñarle más.

Mi madre me tomó con fuerza por los brazos.

—Debes contarme todo lo que te ha ocurrido desde que te separaron de nosotros.

—Yo... —el nudo que tenía en la garganta se apretó.

Bavol Cacao se acercó a rescatarme.

—Los Zaltana estamos orgullosos de que hayas elegido a una de los nuestros como pupila, Cuarta Maga.

Por favor, permíteme acompañaros, a ti y a tu grupo, a vuestras habitaciones, para que podáis descansar antes de la fiesta.

Me sentí aliviada, aunque la expresión decidida de mi madre me advirtió que no había terminado aún. Sin embargo, me soltó cuando Irys y las tres chicas siguieron a Bavol Cacao hacia los aposentos.

—Perl, tendrás mucho tiempo para estar con tu hija —le dijo el Consejero—. Ahora ha vuelto a casa.

—Te veré esta noche —me dijo mi madre—. Le pediré a tu prima, Nutty, que te preste ropa para ir a la fiesta.

Yo sonreía mientras caminaba hacia las habitaciones de invitados. Con todo lo que había pasado aquel día, mi madre aún se las había arreglado para estar pendiente de la ropa que llevaba.

Aquella noche se celebró una cena tranquila que pronto se convirtió en una fiesta, pese al hecho de que yo quizá hubiera ofendido a mis anfitriones probando los múltiples platos de comida y fruta que me ofrecieron antes de comer. Es difícil librarse de las viejas costumbres.

Después de la comida, varios Zaltana sacaron instrumentos musicales de bambú y cáñamo, y cuando empezaron a tocar, los demás comenzaron a bailar. Mi madre estaba sentada junto a mí. Leif no había asistido a la fiesta. Yo me había puesto el vestido amarillo y morado que me había prestado Nutty. La única razón por la que llevaba aquella cosa era para agradar a Perl.

Di las gracias al destino por que Ari y Janco, mis amigos soldados de Ixia, no estuvieran allí. Ellos estarían muertos de risa al verme así vestida. Pero, oh, cómo los echaba de menos. Cambié de opinión, de-

seando que sí estuvieran allí. Merecería la pena pasar vergüenza por mi atuendo con tal de ver el brillo de los ojos de Janco.

—Tenemos que marcharnos en unos cuantos días —le dijo Irys a Bavol por encima de las voces y la música. Su comentario provocó un poco de tristeza en los que nos rodeaban.

—¿Y por qué debéis partir tan pronto? —preguntó mi madre, consternada.

—Tengo que llevar a las otras chicas a casa, y llevo demasiado tiempo lejos de Citadel y de la Fortaleza.

La tristeza y el cansancio de la voz de Irys me recordó que ella llevaba un año sin ver a su familia. Esconderse y espiar en el territorio de Ixia la había dejado agotada.

En nuestra mesa reinó el silencio durante unos momentos. Después, mi madre se animó.

—Puedes dejar a Yelena aquí mientras llevas a las otras muchachas a su casa.

—Se apartaría mucho de su camino si tuviera que volver por Yelena —apuntó Bavol Cacao.

Mi madre puso cara de pocos amigos. Yo casi veía sus pensamientos sucederse vertiginosamente por detrás de sus ojos.

—¡Ajá! Leif puede llevar a Yelena a Citadel. Tiene que reunirse con la Primera Maga dentro de dos semanas.

Yo sentí un caos de emociones en el pecho. Quería quedarme, pero temía separarme de Irys. Ellos eran mi familia, pero también eran extraños. Yo no podía evitar sentir cautela; era algo que había aprendido en Ixia. Y viajar con Leif me parecía tan desagradable como beber vino envenenado.

Antes de que nadie pudiera mostrar su acuerdo o su desacuerdo, mi madre sentenció:

—Sí. Eso valdrá.

Así terminó toda discusión sobre el asunto.

A la mañana siguiente, yo tuve un pequeño ataque de pánico cuando Irys terminó de preparar su bolsa.

—No me dejes aquí sola —le supliqué.

—No estás sola. Tienes treinta y cinco primos y un montón de tíos y tías —dijo ella, riéndose—. Además de tus padres y tu hermano. Tienes que pasar tiempo con tu familia. Tienes que aprender a confiar en ellos. Nos encontraremos en la Fortaleza del Mago. Está dentro de las murallas de Citadel. Mientras, continúa practicando el control.

—Sí, señora.

May me dio un abrazo muy fuerte.

—Tu familia es muy divertida. Espero que la mía también viva en los árboles —me dijo.

Yo le acaricié las trenzas.

—Intentaré visitarte alguna vez.

—Quizá May acuda a la escuela de Citadel este invierno, si puede acceder a la fuente de poder.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó May, encantada.

Las gemelas también me abrazaron.

—Buena suerte —me dijo Gracena con una sonrisa—. Vas a necesitarla.

Yo las seguí hasta el suelo, bajando por la escalera de cuerda, para despedirme. Estuve observando a Irys y a las chicas mientras se abrían paso por la selva hasta que desaparecieron de mi campo de visión. En su ausencia, sentí frío por la brisa fresca que corría por allí.

Finalmente, subí de nuevo a las copas de los árboles, de vuelta a el cálido y seco ambiente de la cubierta de vegetación. Y, caminando por el laberinto de habitaciones, no tardé demasiado en perderme.

Muchas caras que no reconocía me saludaban con un asentimiento o me sonreían. Otras fruncían el ceño al verme. Yo no tenía ni idea de cuál era mi habitación, y no quería preguntarlo. La idea de contarle a mi madre la historia de mi vida no me agradaba. Sabía que sería inevitable, pero también sabía que era demasiado para mí en aquel momento. Me había costado casi un año contarle mi historia a Valek, ¿cómo iba a divulgarla ante unas personas a las que acababa de conocer?

Así que caminé de un lado a otro, buscando la vista del río que había oído mencionar durante la fiesta de la noche anterior. Desde todos los puntos de observación se divisaban grandes explanadas de hierba. Varias veces vi laderas de montañas. Irys me había contado que la Selva de Illiais se extendía por un valle profundo, incrustada por debajo del borde de la Llanura Daviian; por lo tanto, aquella selva sólo dejaba un lado libre para que los viajeros recorrieran su contorno.

Yo estaba haciendo el tonto y probando mi equilibrio sobre la cuerda de un puente cuando una voz me llamó y me sobresaltó tanto que tuve que agarrarme a la barandilla.

—¿Qué? —pregunté, intentando recuperar el equilibrio.

—Te he preguntado que qué haces —me preguntó Nutty, al otro lado del puente.

Yo extendí el brazo y respondí:

—Admirar las vistas.

—Vamos, sígueme si quieres ver un paisaje de verdad —replicó Nutty, y comenzó a andar.

Yo me apresuré a seguirla por entre las ramas de los árboles. Con sus brazos y sus piernas delgadas se agarraba y caminaba por allí con una flexibilidad que me recordaba a la de los valmures. Cuando entró en una

mancha de luz, los rayos de sol hicieron brillar su pelo del color de los arces y su piel oscura.

Tenía que admitir que aquello era algo positivo de estar en el sur. En vez de ser la única persona de piel oscura, por fin me sentía como si no estuviera fuera de lugar. Sin embargo, después de vivir durante tanto tiempo en Ixia, cuyos habitantes tenían la piel muy blanca, no estaba preparada para tal variedad de pieles marrones. Para mi azoramiento, cuando habíamos entrado en Sitia, me había quedado sin darme cuenta mirando con asombro a la gente de piel oscura.

Nutty se detuvo de repente, y yo estuve a punto de chocarme con ella. Nos quedamos inmóviles en una plataforma cuadrada, construida en el árbol más alto de toda la selva. No había nada que interfiriera en la vista.

Una alfombra de color esmeralda se extendía ante nosotras, limitada por dos caras rocosas que se inclinaban la una hacia la otra. Desde el punto en el que se unían los dos acantilados caía una catarata que terminaba en una nube de niebla. El suave paisaje estaba pintado de amarillos, marrones y dorados.

—¿Es la Llanura Daviian? —le pregunté a mi prima.

—Sí. Ahí no hay nada salvo praderas de hierba salvaje. No llueve mucho. Es bonito, ¿eh?

—Eso es quedarse corta.

Nutty asintió, y las dos estuvimos observando las vistas durante un rato, en silencio. Finalmente, mi curiosidad me llevó a hacerle preguntas sobre la selva a Nutty, y la conversación se dirigió hacia la familia Zaltana.

—¿Por qué te llaman Nutty? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Mi nombre verdadero es Hazelnut Palm Zaltana, pero todo el mundo me llama Nutty desde que era pequeña.

—Así que Palm es tu segundo nombre.

—No. Palm es el apellido de mi familia. Y Zaltana es el nombre del clan. Todo aquél que se case con alguno de nosotros tiene que tomar ese nombre, pero dentro del clan hay diferentes familias. El apellido de tu familia es Liana, que significa «enredadera». Yelena significa «la que brilla». Todos los nombres corresponden a algo de la selva, o significan algo en el antiguo idioma illiais, el cual nos obligan a aprender a todos de pequeños —dijo Nutty, mirando al cielo con exasperación—. Tienes suerte de haberte librado de eso... ¡y también tienes suerte por no haber tenido que vértelas con hermanos mayores detestables! Yo, una vez, me llevé una bronca tremenda por atar al mío con una liana y dejarlo así. ¡Oh, vaya! Se me había olvidado. Vamos —dijo, y echó a andar apresuradamente entre los árboles.

—¿Qué se te ha olvidado? —le pregunté yo mientras la seguía.

—Se suponía que tenía que acompañarte junto a tu madre. Lleva buscándote toda la mañana —respondió Nutty—. El tío Esau ha vuelto de su expedición.

Otro miembro de la familia al que conocer. Consideré la posibilidad de perderme accidentalmente de Nutty, pero al recordar las miradas hostiles que había recibido de algunos de mis parientes, me quedé con Nutty. Cuando la alcancé, la tomé por el brazo.

—Espera —le dije, jadeando—. Quiero saber por qué tantos Zaltana fruncen el ceño cuando me ven. ¿Es por el olor a sangre?

—No. Todo el mundo sabe que Leif ve pesimismo en todo. Siempre está buscando la atención de los demás —me respondió ella—. La mayoría de ellos piensa que no eres realmente una Zaltana, sino una espía de Ixia.

3

—¿Lo dices en serio? —le pregunté yo—. No pueden creer de verdad que sea una espía.

Nutty asintió. Sus coletas se mecieron a ambos lados de la cabeza, en contraste con su semblante grave.

—Eso es lo que dicen. Aunque nadie se atrevería a mencionárselo a la tía Perl o al tío Esau.

—¿Y por qué piensan semejante cosa?

Ella me miró con extrañeza, como si no pudiera creer que yo fuera tan tonta.

—Mírate. Mira tu ropa —dijo, señalando mis pantalones negros y mi camisa blanca—. Todos sabemos que los norteños estáis obligados a llevar uniformes. Dicen que si fueras realmente del sur, no querrías llevar pantalones nunca más.

Yo miré la falda naranja de Nutty. Tenía el bajo prendido en su cinturón de piel marrón, y bajo la falda, llevaba un pantalón corto de color amarillo.

Haciendo caso omiso de mi mirada, me dijo:

—Y llevas armas.

Aquello era cierto. Llevaba el arco, por si acaso encontraba algún lugar donde practicar el tiro, pero hasta el momento, el único espacio lo suficientemente grande era la sala de reuniones, que estaba siempre llena de gente. Y aquél no era el mejor momento para hablarle a Nutty de la navaja que llevaba agarrada con una correa al muslo.

—¿Quién anda diciendo esas cosas? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Diferentes personas.

Yo esperé, y el silencio hizo que siguiera dándome información.

—Leif le ha dicho a todo el mundo que la sensación que le produces no es buena. Dice que él conocería a su propia hermana. Los sitianos siempre están preocupados por la posibilidad de que el Comandante nos ataque algún día, y pensamos que los espías del norte están recopilando información sobre nuestra capacidad y nuestras técnicas defensivas. Aunque es cierto que Leif tiende a reaccionar desmesuradamente tiene una magia muy fuerte, así que casi todo el mundo cree que eres una espía.

—¿Y tú?

—No lo sé. Yo iba a esperar y ver —respondió Nutty, y se miró los pies descalzos. Los tenía morenos y encallecidos.

Otra de las razones por las que yo destacaba entre los Zaltana. Aún llevaba las botas de cuero.

—Eso es muy inteligente por tu parte.

—¿Te parece?

—Sí.

Nutty sonrió, y sus ojos castaños se iluminaron. Después, siguió guiándome hacia mi madre.

Mientras la seguía, pensé en aquel asunto del espionaje. Yo no era espía, pero no podía decir tampoco que

fuera una sureña de verdad. Y no estaba segura de querer que me llamaran sitiana. Mis motivos para estar en el sur eran dos: evitar que me ejecutaran y aprender a usar mi magia. El hecho de reencontrarme con mi familia había sido una bonificación, y no iba a permitir que un rumor mezquino me amargarse el tiempo que iba a pasar allí. Decidí no hacer caso de las miradas de reojo que me dirigían.

Sin embargo, no pude hacer caso omiso del enfado de mi madre cuando Nutty y yo llegamos a su casa.

—¿Dónde has estado?

—Bueno, he ido a despedirme de Iris, y después... —la explicación me pareció muy frágil al ver lo indignada que estaba, así que me callé.

—Has estado alejada de nosotros durante catorce años, y sólo tenemos dos semanas para estar juntos antes de que vuelvas a marcharte. ¿Cómo has podido ser tan egoísta? —me preguntó; sin previo aviso, se dejó caer sobre una silla como si hubiera perdido todas las energías.

—Lo siento... —comencé a decir.

—No, yo soy la que lo siente —respondió ella—. Es que tu forma de hablar y tus modales son tan extraños... Y tu padre ha vuelto y está impaciente por verte. Leif me ha estado volviendo loca, y no quiero que mi hija se marche de aquí sintiéndose como si fuera una extraña.

Yo me sentí culpable. Ella me estaba pidiendo demasiadas cosas, y yo estaba segura de que iba a fallarle en todos los sentidos.

—Tu padre quería despertarte a medianoche. Yo le obligué a que esperara, y él ha estado esperando toda la mañana —le explicó Perl—. Lo he enviado al piso de arriba a que hiciera algo —prosiguió, abriendo los brazos—. Tendrás que perdonarnos si vamos demasia-

do rápido para ti. Tu llegada ha sido tan inesperada... y yo debería haber insistido en que te quedaras con nosotros anoche, pero Irys nos pidió que no te agobiáramos —Perl tomó aire—, pero eso me está matando. Lo único que quiero es abrazarte —dijo. Sin embargo, en vez de hacerlo, dejó descansar las manos en el regazo.

Yo no sabía qué responder. Irys tenía razón: yo necesitaba tiempo para sentirme cómoda con mi familia; por otro lado, entendía a mi madre. Cada día yo añoraba a Valek más que el día anterior. Perder a un hijo debía de ser mucho peor.

Nutty se había quedado en la puerta, y mi madre se dio cuenta de que estaba allí.

—Nutty, ¿puedes traer las cosas de Yelena del cuarto de invitados aquí?

—Claro, tía Perl. Las traeré rápidamente —respondió mi prima, y desapareció.

—Puedes quedarte en nuestra habitación extra —dijo mi madre, y se apretó la garganta con la mano—. En realidad, era tu habitación.

Mi habitación. Aquello sonaba tan normal... Yo nunca había tenido un lugar propio. Intenté imaginarme cómo lo habría decorado para hacerlo mío, pero no se me ocurrió nada. Mi vida en Ixia no incluía cosas como juguetes, regalos o arte. Tuve que reprimir una carcajada, porque mi única habitación privada había sido mi calabozo.

Perl se levantó de la silla de un salto.

—Yelena, por favor, siéntate. Voy a preparar algo de comer. Estás muy delgada —dijo. Después gritó hacia el techo—: Esau, Yelena está aquí. Baja a tomar el té.

Yo me quedé sola mientras ella iba hacia la cocina, e intenté relajarme mientras observaba los muebles hechos de ramas y hojas del salón; vi también un largo mostrador que había pegado a la pared.

Sobre aquel mostrador había muchas botellas de diferentes formas y tamaños, conectadas con tubos en forma de serpentín. Había velas apagadas bajo algunas de las botellas. Aquello me recordó al laboratorio de Reyad, y me puse nerviosa. Tuve visiones en las que me vi atada a una cama mientras Reyad buscaba el instrumento de tortura perfecto, y comencé a sudar con el corazón encogido. Entonces, me reprendí a mí misma por dejarme llevar por la imaginación. Era ridículo que un aparato similar pudiera producirme temor después de dos años.

Me obligué a acercarme. Había un líquido de color ámbar en el fondo de algunas botellas. Yo tomé una e hice que girara el contenido. Entonces percibí un fuerte olor a manzana. Al instante tuve recuerdos de juegos y risas, pero la imagen desapareció en cuanto me concentré en ella. Con frustración, dejé de nuevo la botella en el mostrador.

Aquel aparato parecía un alambique para fabricar alcohol. Quizá el líquido fuera brandy de manzana, como el que tomaba el general Rasmussen, del Séptimo Distrito Militar de Ixia.

Oí que mi madre regresaba y me volví. Llevaba en las manos una bandeja con fruta cortada, bayas y té. Dejó la comida sobre la mesita que había junto al sofá y me hizo un gesto para que me acercara.

—Veo que has descubierto mi destilería —me dijo—. ¿Has olido algo que te resultara familiar?

—¿Es brandy?

A ella se le hundieron un poco los hombros, pero su sonrisa no se apagó.

—Inténtalo otra vez.

Yo acerqué la nariz a otra de las botellas e inhalé. La esencia me provocó recuerdos de confort y seguridad. También me ahogó y me angustió.

De repente, me mareé.

—Yelena, siéntate —me dijo mi madre, y me guió hasta el sofá—. No deberías haber inspirado tan profundamente. Está muy concentrado —dijo.

—¿Qué es?

—Mi perfume de manzana.

—¿Perfume?

—No te acuerdas —murmuró, y en aquella ocasión, la sonrisa sí se le borró de los labios—. Yo lo llevaba todo el tiempo cuando tú eras pequeña. Es el perfume que más vendo. Tiene gran aceptación entre las Magas de la Fortaleza. Cuando desapareciste, ya no pude ponérmelo más —dijo. Se llevó la mano a la garganta otra vez, como si no pudiera contener los pensamientos ni las emociones.

Al oír la palabra «magas», la angustia me atenazó la garganta. Reviví la escena de mi breve secuestro durante el Festival del Fuego del año anterior. Las tiendas, la oscuridad y el olor del perfume de manzana se mezclaba con el sabor de las cenizas, y con la imagen de Irys ordenando a cuatro hombres que me estrangularan.

—¿Lleva Irys tus perfumes? —le pregunté a mi madre.

—Oh, sí. El de manzana es su preferido. Anoche me pidió que le hiciera más. ¿Esta esencia te recuerda a ella?

—Debía de llevarlo la noche en que nos conocimos —dije, evitando contar más. Si no hubiera sido por la oportuna llegada de Valek, Irys me habría matado. Era irónico pensar que tanto mi relación con Valek, como la que tenía con Irys, habían empezado tan mal.

—He averiguado que ciertos olores están vinculados a recuerdos particulares. Leif y yo hemos estado trabajando en eso como parte de su proyecto con la

Primera Maga. Hemos creado un muestrario de olores y esencias que usamos para ayudar a las víctimas de un crimen a recordar lo que ocurrió. Esos recuerdos son muy poderosos, y ayudan a Leif a percibir con más claridad lo que les ha podido ocurrir —dijo mi madre. Después comenzó a servir fruta en tres cuencos—. Tenía la esperanza de que el perfume de manzana te ayudara a recordarnos.

—Sí recordé algo, pero... —me interrumpí, porque era incapaz de describir con palabras aquellas impresiones efímeras. Cada vez me sentía más culpable por no recordar nada de los seis años que había pasado allí—. ¿Haces muchos perfumes?

—Oh, sí —respondió mi madre—. Esau me trae flores maravillosas, y plantas, para que las use.

Me encanta mi trabajo.

—Y es la mejor perfumera de todo el país —dijo una voz masculina y estentórea, por detrás de mí. Me volví y vi a un hombre bajo y fornido entrando en la estancia. Su parecido con Leif era evidente.

—Las Magas Maestras llevan sus perfumes, además de la princesa y la reina de Ixia, cuando estaban vivas —presumió Esau. Después me tomó por las muñecas e hizo que me levantara—. Yelena, hija mía, mira cómo has crecido —dijo, y me dio un abrazo que duró varios segundos.

Un olor fuerte me llenó la nariz. Él me soltó y se sentó con un cuenco de fruta en el regazo antes de que yo pudiera reaccionar. Perl me tendió otro cuenco y yo volví a sentarme.

Esau tenía el pelo gris y largo hasta los hombros. Mientras comía, me di cuenta de que tenía manchadas de verde las manos.

—Esau, ¿has estado jugando otra vez con el aceite de hoja verde? —le preguntó Perl—. Ahora entiendo

por qué has tardado tanto en bajar. Estabas intentando limpiártelo para no mancharlo todo.

Por cómo mi padre bajó la cabeza sin responder, supe que aquélla era una discusión corriente. Esau me miró en silencio, y yo observé las arrugas de su rostro, que me dijeron que su cara bondadosa estaba acostumbrada a reír y a llorar.

—Ahora, quiero que me cuentes todo lo que has estado haciendo durante estos años —dijo Esau.

Yo tuve que contener un suspiro. No tenía ninguna posibilidad de evitarlo, así que les conté cómo había vivido en el orfanato del General Brazell, en el Quinto Distrito Militar. No hablé de los años amargos que pasé después de convertirme en adolescente y pasar a ser la cobaya del laboratorio de Reyad y de Mogkan. Mis padres ya se sintieron lo suficientemente consternados al saber de sus planes de usar el poder mágico de las víctimas a las que habían secuestrado para ayudar a Brazell a derrocar al Comandante; no se me ocurrió ningún motivo para contarles los detalles de la brutalidad con la que ellos habían borrado las mentes de los niños del sur.

Cuando les conté que me había convertido en la catadora de comida del Comandante Ambrose, no les dije que en aquel momento estaba en el calabozo, esperando la ejecución por haber matado a Reyad. Y después de haber pasado un año allí, me dieron a elegir entre la horca o el puesto de catadora.

—Me apuesto algo a que eras la mejor catadora —dijo mi padre.

—Eso es horrible —lo reprendió Perl—. ¿Y si hubiera muerto envenenada?

—Los Liana tenemos un gran sentido del olor y del sabor. La niña está aquí, sana y salva, Perl. Si no hubiera sido buena detectando venenos, no habría sobrevivido.

—De todos modos, no intentaban envenenar a menudo al Comandante —dije yo—. En realidad, sólo ocurrió una vez.

Perl se llevó una mano al cuello.

—Oh, vaya. Estoy segura de que fue su ayudante personal el que intentó envenenarlo. Esa criatura malvada.

Yo la miré sin comprender nada.

—¿Conoces a Valek, su espía? A todos los sitianos les gustaría ver la cabeza de ese hombre en una pica. Asesinó a casi toda la familia real. Sólo sobrevivió un sobrino. Sin Valek, ese usurpador nunca habría tomado el poder y habría alterado las buenas relaciones que Sitia tenía con Ixia. Y esos pobres niños del norte que nacen con magia. ¡Asesinados por Valek en su cuna!

Mientras ella se estremecía de odio, yo la miraba con la boca abierta. Busqué con los dedos la cadena que llevaba al cuello y encontré el colgante en forma de mariposa que Valek me había tallado en piedra. Lo apreté. Supuse que sería mejor no contarle a mi madre que tenía una relación con él, y decidí no hablarle de la política que seguía el Comandante con respecto a los ixianos a los que se les descubrían habilidades mágicas. No era tan horrible como matar bebés, pero normalmente, terminaba con la muerte de un hombre o una mujer. Valek no era muy favorable a aquella política, pero no podía desobedecer una orden del Comandante. Quizá, con el tiempo, Valek conseguiría hacerle ver al Comandante los beneficios de tener magos entre su personal.

—Valek no es tan malo como tú piensas —dije yo, intentando limpiar su reputación—. Jugó un papel decisivo a la hora de descubrir los planes de Brazell y Mogkan. De hecho, ayudó a detenerlos —añadí. Quería decirles también que me salvó la vida dos veces, pero las caras de revulsión de mis padres me detuvieron.

Mi esfuerzo no sirvió de nada. Él era el villano de Sitia, y harían falta más que palabras mías para cambiar su estatus. No podía culpar a mis padres. Cuando conocí a Valek, temía su reputación, y no tenía ni idea de su fiera lealtad, de su sentido de la justicia y de su disposición a sacrificarse por los demás.

Le di las gracias al destino cuando Nutty me trajo mis bolsas.

Esau se las quitó de las manos.

—Gracias, Nut —le dijo, tirándole de una de las coletas.

—De nada, tío —dijo ella. Le dio un puñetazo suave en el estómago, y después salió corriendo cuando él intentó atraparla. Mientras le sacaba la lengua, mi prima salió por la puerta.

—La próxima vez, Nut, te agarraré.

Ella se rió.

—Inténtalo —dijo, y se marchó.

—Voy a enseñarte tu habitación —me dijo Esau.

Cuando me di la vuelta para seguirlo, Perl dijo:

—Yelena, espera. ¿Qué ocurrió con los planes de Brazell?

—Se vinieron abajo. Está en los calabozos del Comandante.

—¿Y Reyad y Mogkan?

Yo tomé aire.

—Murieron —respondí, y esperé a que mi madre me preguntara quién los había matado, pensando en si le iba a contar cuál había sido mi papel en sus dos muertes.

Ella asintió con satisfacción.

—Bien.

La casa de Esau y Perl tenía dos pisos, y en vez de subir por una escalera, Esau utilizó lo que él llamaba

ascensor. Yo no había visto nada parecido en mi vida. Entramos en una habitación del tamaño de un armario, y Esau tiró de unas gruesas cuerdas que desaparecían por agujeros en el techo y en el suelo. Yo me apoyé en la pared, pero el movimiento era suave. Finalmente, ascendimos al segundo piso.

—¿Te gusta? —me preguntó Esau, al salir.

—Es estupendo.

—Es un diseño mío. La clave está en las cuerdas. No lo encontrarás en muchos hogares de Zaltana. Los otros son lentos a la hora de aceptar cambios. Sin embargo, he vendido muchísimos en el mercado.

—¿Perl también vende sus perfumes en el mercado? —le pregunté.

—Sí. La mayor parte de los Zaltana venden o intercambian género en el mercado de Illiais. Está abierto durante todo el año. Mis invenciones y los perfumes de Perl han sido una gran fuente de ingresos —me dijo Esau mientras recorríamos el pasillo.

—¿Tú diseñaste también el mobiliario hecho con cuerdas?

—Sí. Pero no son cuerdas. Son lianas. Enredaderas de la selva.

—Oh.

—Las lianas son un gran problema. Probablemente, de ahí viene el nombre de nuestra familia —dijo Esau, sonriendo—. Crecen por todas partes, y pueden arrancar un árbol. Nosotros las mantenemos podadas o las cortamos del todo. Un día, en vez de quemarlas, me traje unas cuantas a casa y comencé a trabajar con ellas —me explicó mi padre, y me hizo un gesto para que lo precediera hacia una habitación.

—Las lianas se hacen muy resistentes cuando se secan. Mientras aún son flexibles, se puede tejer con ellas casi todo.

Al principio, creía que habíamos entrado a un almacén. El aire olía a moho y humedad, y había muchas filas de estanterías llenas de contenedores de cristal de todas las formas y tamaños. En un rincón vi una pequeña cama hecha de lianas y un escritorio.

Esau bajó la cabeza y se pasó la mano manchada de verde por el pelo.

—Lo siento. He estado usando esta habitación para almacenar mis muestras. Pero limpié la cama y el escritorio esta mañana —dijo él.

—Gracias —dije yo, intentando ocultar mi decepción. Había tenido la esperanza de que aquella habitación me hiciera recordar algo de mi vida tal y como era antes de que me encerraran en el orfanato de Brazell.

Dejé mi mochila sobre la cama y pregunté:

—¿Cuántas habitaciones más hay aquí?

—Nuestra habitación y el estudio. Ven, te las enseñaré.

Después de pasar por el sencillo dormitorio de mis padres, Esau me condujo a una habitación más pequeña, donde había una cama individual, una mesilla y una cómoda. No había decoración ni objetos personales.

—Leif vive en la Fortaleza del Mago durante la mayor parte del año —dijo Esau—. Así que añadí su cuarto a mi zona de trabajo.

Continuamos caminando por el pasillo y llegamos a una gran estancia. Yo sonreí al mirar a mi alrededor. El estudio de Esau estaba lleno de plantas, contenedores, hojas y herramientas. Aquel revoltijo me recordó a las habitaciones de Valek; sin embargo, Valek tenía libros, papeles y piedras por todas partes. Mi padre había invitado a la jungla a vivir con él.

—Pasa, pasa —me dijo—. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué es lo que haces en esta habitación?

—Un poco de todo —respondió él mientras rebuscaba en una pila de papeles que había en una mesa—. Me gusta coleccionar muestras de la selva y averiguar para qué sirven. He descubierto algunas medicinas y algunos tipos de comida. También flores nuevas para tu madre. ¡Aquí está! —dijo, y me mostró un cuaderno blanco.

Yo tomé el cuaderno, pero mi atención estaba fija en la estancia, buscando algo que me pudiera resultar familiar. Las palabras «tu madre» me habían provocado un sentimiento de inseguridad, que en realidad había sentido desde que había llegado a la aldea de los Zaltana. Finalmente, me atreví a preguntarle a Esau:

—¿Cómo sabes que soy tu hija? Parece que estás totalmente seguro.

Esau sonrió.

—Mira ese cuaderno.

Yo lo abrí. En la primera página había un dibujo a carboncillo de un bebé.

—Sigue pasando las páginas.

En la siguiente había un dibujo de una niña pequeña. A medida que yo iba pasando las páginas, la niña se convirtió en una adolescente, y después en alguien a quien yo reconocía. Yo. Sentí un nudo en la garganta y se me llenaron los ojos de lágrimas. Mi padre me había querido incluso cuando yo no estaba y yo no podía recordar nada del tiempo que había pasado allí. Los dibujos me mostraban mi niñez tal y como debía haber sido, viviendo allí con Perl y Esau.

—Es muy divertido pasar las páginas rápidamente. Puedes verte crecer hasta los veinte años en pocos segundos —dijo Esau, y tomó el cuaderno de mis manos—. ¿Ves? Por esto sé que eres mi hija. Hacía un retrato tuyo todos los años, después de tu cumpleaños, y

seguí haciéndolo después de que desaparecieras —dijo, y abrió la última página—. No me equivoqué demasiado. No es perfecto, pero ahora que te he visto puedo hacer las correcciones.

Esau se apretó el cuaderno contra el pecho.

—Cuando desapareciste, tu madre llevaba siempre este cuaderno consigo y miraba los retratos todo el día. Al final dejó de hacerlo, y después de un par de años, me vio haciendo otro retrato y me pidió que lo destruyera. Yo le dije que no volvería a verlo. Y, que yo sepa, no lo ha visto, así que mantengamos esto en secreto, ¿de acuerdo?

—Claro —respondí yo—. Es maravilloso.

Esau me tendió el cuaderno de nuevo, y mientras yo miraba los retratos, todas mis dudas sobre mi pertenencia a la familia se desvanecieron. En aquel momento supe que formaba parte del clan de los Zaltana. Sentí un gran alivio, y me dije que intentaría fortalecer todo lo posible la conexión con mis padres. Leif, sin embargo, era otra cosa.

—Deberías enseñarle este cuaderno a Leif —le dije a mi padre al devolvérselo—. Quizá entonces crea que soy su hermana.

—No te preocupes por Leif. Él no necesita ver un retrato. Sabe quién eres. Tu llegada ha sido para él una gran conmoción. Lo pasó muy mal cuando desapareciste.

—Oh, sí. No lo había pensado. Para mí todo fue muy fácil en el norte.

Esau hizo un gesto de dolor, y yo lamenté haber sido sarcástica.

—Leif estaba contigo el día en que te secuestraron —me explicó Esau en voz baja—. Tú le habías rogado que te llevara a jugar con él al suelo de la selva. Él tenía ocho años; puede parecerte que era demasiado pe-